

El debate acerca del tiempo presente

Esbozo de una sociología de las controversias a partir del debate postmoderno

Gabriel ROCKHILL

Traducción:

Julio IZAQUITA

Profesor UPTC

Quien dice *debate*, en principio dice *desacuerdo* o bien *dissensus*. Se trata de una discusión en la que se supone que cada quien tiene el derecho de expresar su propia opinión sin estar obligado a ponerse de acuerdo con sus interlocutores. Esta concepción usual de los debates ha sido cuestionada, se sabe, por lo que conviene llamar la perspectiva dialéctica. Esta consiste en reencontrar dentro del mismo desacuerdo un consenso oculto. Bajo la superficie de las apariencias los dialécticos muestran una realidad que escapa: la controversia descansa, en efecto, sobre un conjunto de presupuestos compartidos que constituyen la condición *sine qua non* del desacuerdo. Ciertamente, tienen razón en cuestionar la imagen usual de los debates, edificada sobre una concepción atomista del mundo social donde la sociedad se reduce a un conjunto de monadas autónomas. Ahora bien, haciendo esto, arriesgan complacerse con una concepción holista de la sociedad donde el todo reemplaza al individuo como unidad de referencia –ya se trate de un grupo específico o de toda la sociedad– y donde el determinismo mecánico toma la delantera sobre la libertad individual. En definitiva, la noción de debate es llevada o bien a una serie de posturas personales o bien a un conjunto de ideas compartidas en común.

En el estudio que sigue intentaremos romper con esta alternativa, edificada ella misma sobre la oposición entre la concepción atomista y la concepción holista de la sociedad. La noción de *coordenadas conceptuales* nos será de gran ayuda en este recorrido en la medida en que deja un importante margen de maniobra a los agentes sociales delimitando a la vez el espacio intelectual en el que se sitúa cada postura. Las coordenadas conceptuales de un debate no se ejercen de manera mecánica y rigurosamente determinista, ellas no se imponen tampoco de manera homogénea sino que varían en función del itinerario y de la posición social del participante, así como de su propia representación de la controversia. Están también asociadas a toda una serie de diferentes factores económicos, políticos y sociológicos que pueden cambiar notablemente la lógica misma del debate, factores que desafortunadamente sobrepasan el marco del presente estudio¹. Hemos tomado la decisión, para delimitar nuestro extenso tema y mantener el máximo de precisión, de concentrarnos en las coordenadas conceptuales de uno de los debates sobre el tiempo presente: el debate

1 Sería interesante, por ejemplo, estudiar los lazos estrechos entre el concepto de postmodernismo y el mercado de los libros y de las revistas examinando el papel del logo postmoderno en el marketing y la venta de las publicaciones, especialmente en el mundo anglófono.

postmoderno. Puesto que no queremos de ninguna manera limitar nuestras conclusiones sólo a este debate, veremos que se ha desarrollado en un universo simbólico que le es propio. Precisemos, finalmente, que nuestro objetivo aquí no será *intervenir en* este debate tomando una posición sobre lo que algunos consideran que es el conjunto de las cuestiones que se plantean para pensar en nuestra época. Se tratará más bien de *intervenir sobre* el debate esbozando las coordenadas conceptuales que rigen la controversia. Es una diferencia de talla, pues *intervenir en* un debate, incluso en el caso de las tentativas de innovación más avanzadas, es aceptar el sistema discursivo, conceptual y práctico en el que toma forma. Por el contrario, el acto de *intervenir sobre* un debate acarrea precisamente tomar una distancia crítica con relación al espacio de las posibilidades producidas por este. De hecho, se tratará aquí de poner en evidencia la lógica histórica, social y normativa del debate postmoderno. Al mismo tiempo, la crítica de esas lógicas será asociada a una puesta en evidencia de la lógica social que constituye la verdadera práctica del debate. En otras palabras, se tratará de mostrar que un debate intelectual no es nunca sólo un debate intelectual. No basta entonces con refutar sus principios generadores, hay que examinar también su inserción, a nivel práctico, en el campo social.

Recordemos, para comenzar, lo extendido del debate postmoderno. Como Alex Callinicos lo ha subrayado en una invectiva contra la jerga de la postmodernidad publicada en 1989, el término *postmodernismo* ha conocido un verdadero “boom” teórico en los años ochenta². Los tres campos tratados con mayor frecuencia fueron la filosofía, la estética y las ciencias sociales (en particular la sociología y, en menor grado, la historia)³. Sin pretensión de exhaustividad y sin detenernos en los detalles, indiquemos algunos de los autores que más han contribuido a esta conceptualización masiva. En el campo de la filosofía y de la teoría crítica, hay que señalar sobre todo las investigaciones de Jürgen Habermas, Jean-François Lyotard, Richard Rorty y Gianni Vattimo. En estética, destaquemos el trabajo de Douglas Crimp, Arthur Danto, Humberto Eco, Hal Foster, Ihab Hassan, Andreas Huyssen, Charles Jencks, Rosalind Krauss, Charles Newman, Craig Owens y Manfredo Tafuri. En cuanto a la sociología y la historia hay que mencionar los escritos de Perry Anderson, Jean Baudrillard, Alex Callinicos, Terry Eagleton, David Harvey, Fredric Jameson, Alain Touraine, y Arthur Toynbee. Esta enumeración es en sí misma un barómetro de la importante inversión intelectual en el debate postmoderno, inversión que

2 Against postmodernism. A Marxist critique, New York, St. Martin's Press, 1989, p. 1. La bibliografía establecida por Deborah L. Madsen confirma ampliamente la impresión de Callinicos. Mientras que 41 páginas resumen las referencias bibliográficas antes de 1980, el período 1980-1989 requiere 270 páginas (Postmodernism: A bibliography, 1926-1994, Amsterdam y Atlanta, editions Rodopi B.V., 1995).

3 Ver sobre esto los usos del término destacados por Margaret A. Rose en su obra *The post-modern and the post-industrial*, New York, Cambridge University Press, 1991.

4 Dado el número creciente de publicaciones en este campo, limitémonos en remitir a las bibliografías establecidas –pero ya antiguas– por Ihab Hassan, David Harvey y Debora Madsen: *The postmodern turn. Essays in postmodern theory and cultura*, Columbus, Ohio State University Press, 1987, pp. *The condition of postmodernity. An inquiry into the origins of the cultural change*, Oxford, Basil Blackwell, 1989. pp. 360-367; *Postmodernisme: A bibliography, 1926-1994*, op. cit.

se expresa en numerosas publicaciones especializadas, recopilación de textos, manuales, números especiales, coloquios, mesas redondas, conferencias, cursos, etc.⁴.

Reducir el debate postmoderno a la ubicuidad de un término de moda sería sin embargo un grave error. Pues es evidente que se inscribe en una controversia más amplia sobre la naturaleza del tiempo presente. Respecto a esto, recordemos que el debate sobre el postmodernismo ha sido precedido por una reflexión importante sobre lo que se denomina la sociedad postindustrial (Daniel Bell, Alain Touraine), el capitalismo tardío (Ernst Mandel) o la sociedad del espectáculo (Guy Debord). Se trata de conceptos que tienden a establecer, cada uno a su manera, ciertos rasgos de nuestro presente. Lo mismo sucede con numerosos términos que han sido introducidos desde los años cincuenta para describir fenómenos específicos de nuestra época: la era del vacío (Gilles Lipovetsky), el ciber mundo (Paul Virilio), la modernidad líquida (Zygmunt Bauman), la precesión de los simulacros (Jean Baudrillard), el imperio (Michael Hardt y Antonio Negri), el neoestructuralismo (Manfred Frank), la crítica auto-referencial de la razón (Jürgen Habermas), el fin de la historicidad (Gianni Vattimo), el fin del arte o el fin de la historia del arte (Arthur Danto, Hans Belting), el grado cero de la escritura (Roland Barthes), el postvanguardismo (Peter Bürger), etc. Por supuesto, el debate sobre el tiempo presente no se detiene allí; se extiende a la noción de modernidad e, incluso, a toda la herencia intelectual y cultural del mundo occidental. Pues los autores que intervienen acerca de la cuestión de la actualidad se ven casi siempre obligados a pasar por una reflexión sobre la edad moderna para precisar su relación con su propio objeto de análisis: el mundo contemporáneo. Dado que no podemos detenernos aquí en los muy largos análisis planteados por cada uno de estos autores, permítasenos sacar la conclusión provisional –y esto sin postular ninguna equivalencia entre todos los conceptos aquí evocados– de que el debate postmoderno se inscribe en la lucha por la definición del tiempo presente⁵.

Habiendo dicho esto, es forzoso reconocer que la palabra *postmoderno*, como sus vecinos gramaticales, *postmodernismo* y *postmodernidad*, está cargada de un conjunto de denotaciones y connotaciones propias a cada comunidad intelectual que la utiliza, y que la decisión de remplazar este por otro término constituye una operación simbólica importante⁶. Por otra parte, es evidente que en el plano social el concepto de postmodernidad ha provocado un debate más vasto que las controversias suscitadas por los términos arriba citados (de la era del vacío al postvanguardismo). Así, si es cierto que el debate postmoderno se inscribe en una controversia más amplia sobre la naturaleza del tiempo presente, rige sin embargo un espacio simbólico que le es propio. A este respecto, es muy revelador que el

5 Esta lucha tiene su propia historicidad. Si se remonta a finales del siglo XVIII, toma proporciones gigantescas desde mediados –y sobre todo el último tercio– del siglo XX.

6 No hacemos ninguna distinción aquí, como a veces se usa, entre *postmoderno*, *postmodernismo* y *postmodernidad*.

7 La tesis de Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant sobre el imperialismo cultural de la vulgata conceptual americana es definitivamente demasiado esquemática. Pero el artículo donde la presentan sigue siendo de un interés general y tiene el mérito de puntualizar en este aspecto del debate (“The cunning of imperialist reason”. *Theory, culture & society*, vol. 16 (1), 1999, pp. 41-58).

debate postmoderno sea sobretudo un fenómeno anglófono, y especialmente americano⁷. Los intelectuales europeos que ocupan posiciones importantes en el debate, como Lyotard y Habermas, hacen parte de la inteligencia internacional y tienen lazos estrechos con la vida académica americana. Hay que señalar, por otra parte, diferencias culturales importantes en la percepción del fenómeno postmoderno. Jean-Paul Brodeur constata, apoyándose en los textos, que “los investigadores franceses encuentran con frecuencia los elementos de una metodología postmoderna en los anglosajones, los alemanes y los italianos [...] al tiempo que los anglosajones y los alemanes privilegian el pensamiento francés cuando buscan el origen de la corriente postmoderna”⁸. Esto quiere decir que las referencias del término *postmoderno*, y por tanto el debate mismo, varían ligeramente según el contexto cultural. Además, la controversia postmoderna ha sido muchas veces incluida en lo que se podría denominar por comodidad comunidades vanguardistas, ya se trate de lo que Louis Pinto llama la vanguardia intelectual del medio artístico neoyorkino, o de una forma de sociología de gran público fuertemente impregnada de tendencias neomarxistas (Anderson, Baudrillard, Callinicos, Eagleton, Harvey, Jameson, etc.). La inscripción en estos espacios sociales ha contribuido fuertemente a la producción de un universo simbólico específico y a las connotaciones del término *postmoderno*, que evoca generalmente alguna cosa vanguardista y transnacional.

La conclusión de Alex Callinicos es relativamente esclarecedora a este respecto: “La postmodernidad [...] no es sino una construcción teórica que primordialmente sólo tiene interés en tanto que síntoma del estado de espíritu actual de la inteligencia occidental”⁹. Tiene razón en señalar el hecho de que el concepto de postmodernismo carece de contenido preciso, que no remite ni a un conjunto específico de prácticas artísticas, ni a los modos de pensamiento característicos de nuestra época, ni a los horizontes definitivos de un período cultural o social. Y si no tiene un sentido preciso, prestándose así al equivoco, no es tampoco —como lo pretenden algunos de sus acólitos— porque él mismo sea testimonio de la inestabilidad de la época postmoderna¹⁰. Pero tampoco es, como lo sugiere Callinicos, porque sea simplemente sólo un término vago que se debería remplazar por un término más preciso como el de *modernidad*. La noción de postmodernismo sigue siendo borrosa precisamente porque ella es a la vez una de las condiciones y uno de los resultados de la lucha por la definición de nuestra actualidad. Como la *modernidad* en su momento, es un concepto en lucha que constituye un punto estratégico en la batalla por la definición del tiempo presente. Es entonces lamentable que el análisis de Callinicos se exponga al error de distancia hermenéutica. Afirmando que el término *modernidad* está dotado de un sentido preciso que tiene la ventaja, al contrario que el de *postmodernidad*, de aclarar la situación

⁸ “El pensamiento postmoderno y la criminología”, *Criminologie*, vol. XXVI, n° 1, 1993, p. 82.

⁹ *Against postmodernism*, op. cit., p. 9.

¹⁰ Charles Jenks celebra por su parte la multiplicidad de definiciones atribuidas al postmodernismo (“Foreword”, *What is post-modernism?* Londres, Academy Editions, 1986, pp. 2-9), e Ihab Hassan ve en la imprecisión semántica del término *postmoderno* la fuente de los debates apasionados a este respecto (*The postmodern turn*, op. cit., p. 87).

contemporánea, se abstiene frente al salto pragmatista que consiste en ver en unas nociones históricas de este tipo conceptos en lucha jalonados entre usos divergentes y sin núcleo duro en el plano semántico. Su argumento principal consiste en cuestionar la ruptura postmoderna integrándola dentro de un movimiento histórico cuya coherencia conceptual sería más visible¹¹. Allí donde el postmodernismo se presta al equívoco, el modernismo se deja conceptualizar por una serie de rasgos característicos que Callinicos toma prestados de Eugen Lunn: *i)* reflexividad y conciencia de sí estética; *ii)* simultaneidad, yuxtaposición o montaje; *iii)* paradoja, ambigüedad e incertidumbre; *iv)* deshumanización y la muerte del sujeto¹². Hay lugar, sin embargo, para preguntarse si no se apoya sobre cierto efecto de institucionalización de la cultura. Pues si la modernidad cultural e intelectual presenta una coherencia que falta a la postmodernidad, es porque en parte ha sido desde hace mucho tiempo institucionalizada y formateada por filtros históricos. Dicho de otra manera, aunque el pasado parezca más coherente que el presente, no lo era forzosamente en el momento de su desenvolvimiento. Por otra parte, es una fuente de error tomar el pasado por modelo como si fuese el estado normal hacia el cual tienden naturalmente los movimientos aberrantes del presente. El reparto que se hace entre la pluralidad de prácticas y teorías, seguido por el archivo estructurado de todo lo que se conserva, conduce al borramiento de regiones muy importantes del espacio histórico. Una de las funciones mayores de conceptos históricos como la modernidad— y esto ya está en curso para la postmodernidad —es precisamente la de adecuar nuestros archivos culturales e intelectuales distinguiendo entre lo que es esencial y lo que no lo es en la dimensión horizontal de la historia¹³.

La postura de Callinicos, que tiende a reintegrar la postmodernidad dentro de la modernidad, no carece de simpatizantes. Ella muestra una lógica histórica que opone la continuidad a la discontinuidad del tiempo histórico. Los partidarios de cada una de estas dos posiciones hallan pruebas en la pluralidad de hechos y encuentran siempre motivos para sostener sus posiciones respectivas. Cada campo presenta así una imagen del tiempo presente, y los mejores representantes de esos campos están siempre listos para retomar los argumentos de sus adversarios con diversos procedimientos que algún día habrá que inventariar¹⁴. La diversidad de los desarrollos intelectuales y culturales en un momento dado de la historia, así como los diferentes estratos de las actividades y la diversidad de los agenciamientos históricos en los que pueden ser captadas dan lugar a un mano a mano cuasi-infinito de pruebas y contra-pruebas.

11 Cf. Sobretudo *Against postmodernism*, op. cit., pp. 4 -5.

12 Cf. *Ibid.*, pp. 12-13.

13 Este artículo hace parte de un estudio más amplio, titulado *Logique de l'histoire* (de próxima publicación), donde la dimensión horizontal de la historia es definida de la siguiente manera: “todo lo que tiene lugar en un momento dado, todo lo que se sitúa en el mismo punto sobre el eje vertical de la cronología histórica”.

14 Se ha usado, muy ampliamente, las siguientes distinciones: lo potencial y lo actual, las propiedades primarias y las propiedades secundarias, la parte y el todo, la vanguardia y la retaguardia, la evolución de una forma verificada y la aparición de una forma innovadora, etc.

Si nada permite zanjar definitivamente el debate sobre la continuidad histórica y si los mejores representantes de cada campo están preparados para ofrecer explicaciones sin debilidad aparente, rigurosamente es porque el debate mismo se ordena alrededor de una concepción geológica del tiempo histórico. Los partidarios de los dos campos toman en cuenta únicamente la dimensión vertical de la historia, un hilo conductor único que es continuo o roto. En ocasiones, contemplan el pasado como series diferenciadas (el arte, la literatura, la filosofía, la sociedad, la industria, la economía, etc.), pero terminan con frecuencia por movilizar los mismos principios de la historia vertical para cada una de las series. Los diagnósticos dramáticos que tal perspectiva es capaz de producir (de *el nacimiento de la literatura a la muerte del arte, el retorno del sujeto o el renacimiento de la filosofía*) dependen de conceptos que son despojados de todo sentido preciso a fuerza de tratar de resumir toda la actividad cultural e intelectual de un momento histórico. La solución más extendida frente a esta dificultad consiste en dividir la historia vertical en dos dimensiones, distinguiendo, por ejemplo, los modernos de aquellos que se mantienen distanciados con relación a su época. Ahora bien, es evidente que tal opción no rompe de ningún modo con la lógica histórica de fondo, pues sólo conduce la complejidad del espacio histórico a dos o más hilos cronológicos conductores en vez de uno sólo.

Por otra parte, es interesante observar que la extensión de la dimensión horizontal de la historia es ya visible en numerosas posturas que dinamizan el debate sobre la continuidad histórica. Sin tratar de dar un visión de conjunto ni de resumir en pocas líneas estudios voluminosos, señalemos algunas de las intervenciones hechas en el debate para dar una idea de su amplitud y de la cantidad de inflexiones personales que la animan. Primero, del lado de aquellos que rechazan la noción de una ruptura postmoderna, Callinicos trata, por ejemplo, de interpretar los fenómenos llamados postmodernos como la prolongación de la modernidad, que sitúa alrededor de la revolución industrial. No oculta las apuestas políticas de su análisis, pues la afirmación de la existencia de una época postmoderna se asemeja frecuentemente, según él, al abandono de la revolución socialista, mientras que en ella ocurre lo contrario para su propia posición¹⁵. Las investigaciones de Anthony Giddens en *The consequences of modernity* (1990) se encuentran también fundadas en la idea de que la mayor parte de los componentes de lo que se llama “postmodernismo” sólo son en efecto elementos de nuestra modernidad. Pero si la sociedad postmoderna no está aún presente para él, existen sin embargo algunos rasgos de un adelanto o de una radicalización de las instituciones modernas. Estas surgieron hace tres o cuatro siglos y testimonian por el momento la única verdadera discontinuidad histórica verdadera de los tiempos modernos. La noción de postmodernismo sólo tendría un sentido para Giddens en el dominio del arte, cuando se trata de la reflexión estética sobre la naturaleza de la modernidad. Robert Pippin rechaza por su parte la idea de una novedad postmoderna en el dominio de la filosofía. Allí donde numerosos historiadores de las ideas utilizan la categoría de

15 Cf. especialmente *Against postmodernism*, op cit., p. 9.

16 Cf. “Unending modernity”, *Modernism as a philosophical problem*, Oxford, Blackwell Publishers; 1999, pp. 168-179.

postmodernidad filosófica, sostiene que las nuevas posiciones intelectuales no sobrepasan las primeras críticas de la modernidad y el programa dialéctico que Hegel propuso como respuesta¹⁶. Jacques Rancière utiliza un argumento sensiblemente próximo en el campo de la estética: “algunos quisieran ver allí [en la mezcla entre el arte y la vida cotidiana] la marca de una ruptura radical cuyo nombre propio sería postmodernidad. Pero estas nociones de modernidad y de postmodernidad proyectan abusivamente en la sucesión del tiempo los elementos antagónicos cuya tensión anima todo el régimen estético del arte. Este ha vivido siempre de la tensión de los contrarios. La autonomía de la experiencia estética que funda la idea del Arte como realidad autónoma se acompaña aquí de la supresión de todo criterio pragmático que separe el dominio del arte de aquel del no-arte, la soledad de la obra y las formas de la vida colectiva. No hay ruptura postmoderna”¹⁷. En todos los casos citados, la época actual es tematizada gracias al sesgo de matices personales específicos a cada uno de los autores, como la prolongación de una situación estética, social o filosófica que se remonta a “la época moderna”.

Del lado de los partidarios de la discontinuidad, los debates se encadenan al infinito, sobre todo en cuanto a la fecha decisiva que se considera diferencia la postmodernidad de la modernidad. Mientras que Ernst Mandel propone 1945 para el surgimiento del capitalismo tardío, Jean-François Lyotard prefiere, en *La condición postmoderna*, el final de los años cincuenta, cuando se trata de delimitar rigurosamente la edad postindustrial y la mutación contemporánea del saber científico y narrativo. Fredric Jameson y Perry Anderson sitúan la llegada de la época postmoderna a comienzos de los años setenta, una fecha compartida por David Harvey¹⁸. La tesis de Charles Jencks es próxima a la de Jameson pero pretende identificar el punto de articulación entre el modernismo y el postmodernismo con una precisión risible: “La Arquitectura Moderna murió en St. Louis, Missouri el 15 de julio de 1972 a las 15h32 (o casi) cuando el proyecto infame Pruitt-Igoe, o más bien algunos de sus bloques, recibieron su golpe de gracia final con dinamita”¹⁹. En lo que tiene que ver con el

17 *Malaise dans l'esthétique*, Editions Galilée, p. 60 (cf. también *ibid.*, pp. 93, 127-128 y *Le partage du sensible. Esthétique et politique*, La Fabrique-éditions, 2000, pp. 26-45).

18 Otras fechas han sido propuestas muchas veces por los mismos autores, como lo atestigua la proximidad entre la posición de Mandel y la de Jameson en un texto publicado por este último en 1988: “Postmodernism and consumer society” (The cultural turn. Selected writings on the postmodern, 1983-1998, Londres, Verso, 1998, pp. 1-20).

19 “The death of modern architecture”, *The language of post-modern architecture*. Londres, Academy Editions, 1977, p. 9. Tal precisión desfallece en su obra *What is postmodernism?* (1986) donde se limita a decir que la muerte de la arquitectura moderna había comenzado ya en 1968 (*op. cit.* p.15), o bien alrededor de los años sesenta (p. 23). La definición de lo postmoderno que allí se propone hace creer por otra parte que algunos rasgos modernos siguen sobreviviendo a la época postmoderna: “la continuación del Modernismo y su trascendencia” (pp. 7 y 15).

20 Cf. especialmente Jürgen Habermas, *Le discours philosophique de la modernité, Douze conférences*, Gallimard, 1988 ; Alain Touraine, “Les post-modernismes”, *Critique de la modernité*, Librairie Arthème Fayard, 1992, p. 239-250 ; Gianni Vattimo, «Nihilisme et post-moderne en philosophie», *La fin de la modernité. Nihilisme et herméneutique dans la culture post-moderne*, Editions du Seuil, 1987, pp. 169-185.

campo intelectual, algunos autores, como Jürgen Habermas, Alain Touraine o Gianni Vattimo, se remontan hasta el siglo XIX y descubren en los escritos de Nietzsche el punto de partida de una corriente muy importante del pensamiento contemporáneo²⁰. Slavoj Žižek toma la opción contraria afirmando que la tensión señalada por Habermas entre modernismo y postmodernismo es immanente a la modernidad desde su nacimiento. Lo que le permite afirmar que es Habermas el verdadero pensador postmoderno en la medida en que reconoce unas condiciones positivas de emancipación en algunas formas de alienación destacadas por la primera generación de la Escuela de Frankfurt (los verdaderos modernistas)²¹.

La controversia sobre la periodización de la postmodernidad se agrega al debate sobre sus propiedades esenciales. Del mismo modo que para la cuestión de las fechas, existe un repertorio amplio de posiciones sobre el tema, a lo que se agregan otras posiciones implícitas que se dejan leer en el campo intelectual contemporáneo. Limitémonos a mostrar sólo algunos indicios. El artículo de Ihab Hassan titulado *Toward a concept of postmodernism* hizo época cuando fue publicado por primera vez en 1982²². Después de haber advertido al lector de algunos problemas de orden general acerca de la conceptualización del postmodernismo, Hassan afirma allí que se debería, a pesar de todo, dar libre curso al deseo de nuestra imaginación intelectual de captar “nuestra presencia histórica en construcciones noéticas que nos revelan nuestro ser”²³. De allí el cuadro que erigió detallando una treintena de diferencias mayores entre el postmodernismo y el modernismo. Entre los conceptos claves se encuentra: romanticismo/simbolismo, forma, objetivo, dibujo, jerarquía, dominio/logos, objeto de arte/obra acabada, distancia, creación/totalización, síntesis, presencia, etc. Cada uno de estos conceptos remite a su correspondiente par postmoderno: patafísica/dadaísmo, antifforma, juego, azar, anarquía, fatiga/silencio, proceso/performance/happening, participación, decreación/deconstrucción, antítesis, ausencia, etc. Hassan insiste sobretodo en la ambigüedad de esta dicotomía y en la necesidad de una perspectiva dialéctica para evitar un esquema bipartito rígido. Pero esta retórica propiamente postmoderna no lo lleva a recusar la distinción general entre los dos conceptos, e introduce la noción de *indetermanencia* para delimitar lo esencial de la ruptura postmoderna. Este neologismo, obtenido por la fusión tipográfica entre indeterminación (*indeterminacy*) e inmanencia (*immanence*), pone en evidencia los dos rasgos fundamentales característicos del postmodernismo, mostrando al mismo tiempo el espíritu de juego postmoderno.

El esquema de Hassan se impuso rápidamente como referencia. David Harvey y Charles Jencks se valieron de él como punto de partida de sus propias conceptualizaciones del

21 Cf. *Looking awry. An introduction to Jacques Lacan through popular culture*, Cambridge, The MIT Press, 1992. pp. 141-143.

22 Cf. *The postmodern turn*, op. cit., pp. 84-96.

23 Ibid., p. 90

24 Cf. Charles Jencks, *What is post-modernism?*, op. cit., y David Harvey, “Postmodernism”, *The condition of postmodernity*, op. cit., pp. 39-65.

postmodernismo. Cada uno aporta un giro personal en relación con los parámetros de sus propios sistemas de análisis, pero el parentesco intelectual es evidente²⁴. Es interesante subrayar, por ejemplo, que Jencks trata de diferenciar su estudio del de Hassan, insistiendo en una distinción entre el postmodernismo y el modernismo tardío, distinción que falta según él en un gran número de teóricos de lo postmoderno²⁵. Mientras que el modernismo tardío está aún consagrado a la tradición de lo nuevo, el postmodernismo se caracteriza por el abandono definitivo de la ideología de la innovación, y sostiene de este modo una relación más compleja con el pasado. A los ojos de Jencks, tal distinción no equivale a un simple cambio de vocabulario, sino que se funda en lo que parece ser una distinción esencial, cuya función es remodelar todas las categorías del análisis: “Llamar a un modernista-tardío un postmodernista equivale a llamar a un protestante, católico, porque practican los dos la religión cristiana. O, igualmente, criticar a un asno por ser un mal tipo de caballo”²⁶.

En el mismo año en que Hassan publica su ensayo sobre el concepto de postmodernismo, Fredric Jameson propone una reflexión sobre el mismo tema en una conferencia que será reelaborada y publicada en 1998 en *The cultural turn*. En el plano formal, los puntos de semejanza no faltan. Ambos postulan una serie de conceptos paralelos en la que cada noción moderna tiene su correspondiente postmoderna, y la categoría histórica de vanguardia juega un papel mayor en la mediación entre el modernismo y el postmodernismo. Para Hassan, el postmodernismo comparte con los movimientos vanguardistas de comienzos de siglo una irreverencia y una pulsión anárquica. Pero su acogida del kitsch y de la cultura de masas le ha valido más bien la etiqueta de neo-vanguardia. Jameson relata por su parte una historia rítmica de momentos de acción y de reacción en los que la vanguardia modernista soportó una reapropiación por las mismas instituciones contra las cuales se había levantado. El postmodernismo encuentra su unidad justamente en su oposición, desde los años sesenta, a tal institucionalización del modernismo. Si, a diferencia de Hassan, Jameson no elabora un cuadro bipartito, su estudio sigue estando regido por una serie de oposiciones. De un lado, el modernismo se caracteriza por la parodia, la distinción entre el arte intelectual y la cultura de masas, la separación de las disciplinas y de los géneros de discursos, una visión global del espacio, la creencia en la posibilidad de un arte comprometido, el individualismo y el historicismo. El postmodernismo es testigo de un conjunto de conceptos paralelos que son en su mayor parte opuestos a los de la modernidad: el pastiche, la superación de la distinción entre la cultura de las élites y el entretenimiento de las masas, el surgimiento de “la teoría” interdisciplinaria que agita la distinción de los géneros, una visión plana del “hiperespacio”, el cuestionamiento del arte comprometido, la muerte del sujeto y la amnesia histórica.

Para tomar otro ejemplo, Andreas Huyssen propone, en *After the great divide*, un análisis de la postmodernidad que adhiere al trabajo de Theodor Adorno sobre la modernidad y a las investigaciones de Peter Bürger sobre la vanguardia. A sus ojos, la postmodernidad es una renovación del impulso crítico de la vanguardia europea de

25 Cf. “Schismatic post-modernism is late-modernism”, *What is post-modernism?*, op. cit., pp. 38-45.

26 Ibid., p. 38.

comienzos del siglo XX que cuestionaba a las instituciones del arte moderno y la división entre el arte de las élites y la cultura de las masas. Ella aparece en los Estados Unidos en los años sesenta y setenta –sin constituir una ruptura clara– porque es en este momento que la institucionalización del arte americano alcanza su cumbre. En una primera fase, los artistas postmodernos han renovado la tradición de oposición y de ruptura de la vanguardia europea. Atacaron el *establecimiento* y eran, como los vanguardistas europeos, optimistas con respecto al potencial de la tecnología moderna. También trataron de valorizar la cultura popular y de poner en cuestión el arte de las élites. Sobre todos estos aspectos, la postmodernidad se presenta como una renovación americana de la vanguardia europea. Pero a partir de los años setenta, este espíritu contestatario se redujo y la postmodernidad es identificada por Huyssen con el último juego de la vanguardia.

En los medios filosóficos, se encuentra una descripción de la postmodernidad como decadencia de la modernidad y degradación de los metarrelatos de los que se sirve para legitimar su proyecto histórico. Jürgen Habermas, por ejemplo, se apoya en los análisis de Max Weber para mostrar que la modernidad cultural se caracteriza por la desagregación de la razón sustantiva de la religión en tres esferas autónomas: la ciencia, la moralidad y el arte. El proyecto de la Ilustración consistía en desarrollar plenamente cada una de las tres formas de racionalidad (cognitiva-instrumental; moral-práctica; estética-expresiva) con el fin de establecer –por el enriquecimiento de la vida social– una ciencia objetiva, una moralidad universal y un arte autónomo. El cuestionamiento de tal proyecto y el abandono del optimismo de los filósofos resumen lo esencial de la postmodernidad²⁷. Sin tomar en cuenta la dimensión normativa del relato histórico propuesto por Habermas, que consiste sobretudo en reanudar el proyecto de la modernidad, contra todas las formas de conservatismo contemporáneo, es forzoso constatar que existe una innegable proximidad entre su descripción histórica y el balance elaborado por Jean-François Lyotard. Sería sin duda excesivo seguir a Gianni Vattimo aceptando su conclusión según la cual ellos comparten “la misma descripción de la post-modernidad y sólo se diferencian en su apreciación del fenómeno”²⁸. Pero es evidente que Lyotard reconoce el papel central que juega el ocaso de los metarrelatos en lo que propone llamar la condición postmoderna. El acuerdo parcial entre Habermas y Lyotard, dos grandes pensadores con frecuencia opuestos sobre la cuestión de la postmodernidad, se amplía por otra parte a las posiciones críticas esbozadas por Richard Rorty y Gianni Vattimo. Estos últimos han ofrecido otra interpretación de la época postmoderna aceptando algunos matices próximos al acercamiento entre la postmodernidad y la decadencia de los grandes relatos de la historia. Para aclarar mejor las cosas, conviene remitirnos a la dimensión normativa del debate que

27 Cf. especialmente *Le discours philosophique de la modernité*, op. cit., “Modernity versus postmodernity”, *New German critique* 22, hiver 1981, pp. 3-14; “The entwinement of myth and Enlightenment: Re-reading dialectic of enlightenment”, *New German critique*, printemps/été 1982, pp. 13-30.

28 *Ethique de l'interprétation*, Editions La Découverte, 1991 p. 14. Subrayemos de paso que la noción de postmodernidad no es solamente un concepto periodizador para Lyotard.

sólo podemos separar de la dimensión descriptiva por razones heurísticas. Por otra parte, esto nos permitirá mostrar una última antinomia presente en el debate postmoderno.

La antinomia entre los partidarios y los opositores de la postmodernidad descansa en gran parte en la identificación de una herencia intelectual asociada a dos nombres propios. Allí donde los discípulos de Habermas lamentan el ocaso del proyecto moderno, los partidarios del pensamiento de Lyotard celebran la lenta descomposición de la metafísica platónico-cristiana. Así, la lluvia recurrente de críticas y de réplicas encuentra su explicación. Para los defensores de la postmodernidad, los habermasianos padecen de una hibernación prolongada por el sueño seductor de la modernidad y de los grandes relatos. No se han despertado todavía a la cruda realidad de la heterogeneidad de los juegos de lenguaje (o de los regímenes de frase), que impiden para siempre el establecimiento de una comunidad de transparencia comunicacional o de un metarrelato capaz de unificar la totalidad de la historia. Prueba de ello es, por otra parte, su propia incapacidad para escuchar el fondo de las críticas que se les hacen, y en reconocer que su sordera, causada por los ideales de antaño, reproduce la misma violencia discursiva –excluyendo toda voz contestataria– que pretenden superar. Por el contrario, los opositores de la postmodernidad estiman que Lyotard y sus defensores han perdido o conjurado todo anclaje a partir del cual sería posible acometer una crítica social seria. Si todo no es más que ilusión y ficción, se naufraga en un mundo en el que ya no hay ninguna distinción entre la ciencia y la ideología, lo verdadero y lo falso, la filosofía y la literatura. Por otra parte, es una de las razones por las cuales los postmodernos son incapaces de formular críticas pertinentes del proyecto de la modernidad o de oponerle alternativas coherentes. A pesar de la evocación de una voluntad de potencia dionisiaca e iconoclasta, terminan por caer en un conservatismo tanto más peligroso en cuanto es desconocido.

No se sabría sobrevalorar la importancia de las posiciones-tipos y de los *slogans* en este debate. En lugar de dar razones a los especialistas y de buscar reconstruir las verdaderas posiciones ocultas detrás de tales estereotipos, es necesario más bien tratar de hacer un balance de la circulación social de las ideas a todos los niveles. Entendámonos bien sobre este punto delicado. No se trata de abandonar las investigaciones meticulosas que buscan desmantelar las vulgarizaciones comunes y definir claramente las posturas de un autor o de un grupo. Pero es necesario igualmente hacer un balance de las síntesis elaboradas que circulan en el espacio público. Los especialistas pueden deplorar esta situación tanto como quieran (es su vocación, y no hacen sino responder a la lógica social que los define), lo que no quiere decir que la vulgata simplificadora de las ideas filosóficas tenga muchas veces un alcance más importante que el lenguaje propio de los profesionales.

La oposición frontal entre las dos posiciones-tipos identificadas con los nombres propios de Habermas y de Lyotard atrajo un gran número de participantes, y de numerosas aclaraciones de un lado como del otro, sin evocar todas las intervenciones en los microdebates internos. Pero también dio origen a varios intentos por abrir una tercera vía que

29 Cf. "Habermas and Lyotard on postmodernity", *Essays on Heidegger and others*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 164-176.

escapara a los dos extremos. Richard Rorty cree, por ejemplo, que la tentativa habermasiana de establecer un criterio universal de legitimación no es ni necesaria ni particularmente útil, pero quiere reanudar el proyecto de reconstrucción social propuesto por Dewey y rechazado implícitamente por Lyotard y Foucault²⁹. Afirma entonces, contra Habermas, que la crítica social no ha tenido nunca un punto de apoyo universal y ahistórico. Al mismo tiempo, recurre a los lazos socioculturales con el fin de poder ofrecer argumentos teóricos en favor de ciertas decisiones prácticas tendientes a la emancipación social abandonada, a sus ojos, por los pensadores franceses. Allí donde Rorty pregona por un pragmatismo etnocéntrico que se apropie algunas de las adquisiciones de los dos campos, Gianni Vattimo se obstina, por su parte, en evitar lo que ve como el presupuesto común a Habermas, Lyotard y Rorty. Rechaza la noción lyotardiana de superación absoluta de la modernidad lo mismo que la idea habermasiana de una prolongación del metarrelato moderno con el fin de asegurar una fundamentación para el ideal humanista de emancipación. En lugar de confiar en el proyecto de Rorty, se une a la forma de racionalidad que busca el consenso sobre bases empíricas y pragmáticas, y se pregunta si Rorty no tiene necesidad, a pesar de todo, de adherir a un metarrelato de la historia de la comunidad “empírica”. Si la reconstitución de la filosofía moderna emprendida en *Philosophy and the mirror of nature* tiene por función constatar un error (la teoría del conocimiento como reflejo del mundo), los lazos socioculturales a los que Rorty apela para sacarlo a la luz se inscriben ellos mismos en una historia de nuestra pertenencia sociocultural. Además, Rorty comparte con Habermas y Lyotard la falsa concepción de la metafísica como una simple opinión equivocada de la que hay que desembarazarse. Bien mirada la cosa, se trata para Vattimo de tres formas de historicismo propiamente metafísico que piensan el fin de la historia a partir de conceptos modernos: linealidad, prolongación, redención, superación, inversión, fundamentación, adecuación, etc. Ninguno de estos tres pensadores es capaz de establecer rigurosamente la historia del fin de la historia, a saber la historia del fin de la concepción metafísica del fin de la historia. Sin incurrir en el error que consistiría, según él, en proponer una historia más adecuada o mejor fundamentada de la cultura postmoderna, Vattimo nos recomienda volver a Nietzsche y a Heidegger con el fin de pensar la experiencia postmoderna de la temporalidad como *Verwindung* y la experiencia postmoderna del pensamiento como *Andenken*. En lugar de interpretar lo postmoderno apoyándose en conceptos modernos o metafísicos es necesario intentar pensarlo en una relación *verwindend* con lo moderno, “relación que acepta y retoma lo moderno llevando sus huellas en él mismo, como una enfermedad de la que seríamos aún los convalecientes, y que la prolonga, pero someténdola a una distorsión³⁰. En definitiva, no hay ni salida absoluta de la modernidad, ni simple continuación de la metafísica, pues el pensamiento postmoderno permanece en una relación “rememorativa-monumental” con el pasado: “La *Andenken* es precisamente *Verwindung*: reconsideración que renueva las pretensiones de los *archai* metafísicos al absoluto, sin tener sin embargo la posibilidad de oponerle otro absoluto, sino solamente una suerte de

30 *Ethique de l'interprétation*, op. cit., p. 21.

31 Ibid., p. 23; ibid., p. 22.

‘fiesta del recuerdo’, para retomar la expresión de Nietzsche, que muestra bien la actitud *andenkend* de Heidegger”³¹. La vía de la curación está obstruida, y sólo queda la pista de un pensamiento piadoso que toma por tema una filosofía paradójica de la historia del fin del historicismo.

Hay que oponerse al reflejo socio-intelectual que nos invita a buscar el presupuesto común a los proyectos de Habermas, Lyotard, Rorty y Vattimo para hacerlo a un lado y encontrar por fin la respuesta definitiva a la pregunta “¿Qué es lo postmoderno?”. En lugar de ceder a la idea según la cual existiría una realidad histórica ocultada por los presupuestos del debate sobre el postmodernismo, o de confiar en la tesis según la cual la representación histórica se habría finalmente liberado del concepto de realidad, conviene elaborar un balance del dispositivo relacional que rige el debate postmoderno y que determina desde ya un gran número de intervenciones futuras. Pues todo el repertorio de posiciones que acabamos de esbozar no se explica ni en términos de historia objetiva (la pluralidad de hechos reales), ni en términos de historia subjetiva (la diversidad de proyectos personales). Por lo demás, es evidente que ningún hecho objetivo sirve para resolver la controversia, y que por lo mismo, no puede desanudarse con una postura subjetiva. Conviene entonces tomar en cuenta la distribución del campo teórico actual y de las diferentes estrategias desplegadas en la lucha por la definición del presente. Hay que sacar a la luz la red de relaciones entre las diversas posturas y mostrar algunas de las condiciones inmanentes al debate.

La noción de *coordenadas conceptuales* se revelará como una herramienta importante en tal empresa. Las coordenadas conceptuales no deben ser confundidas con una ideología dominante o una serie de ideas acabadas. Ellas no determinan rigurosamente las posturas de los participantes sino que dejan un margen de maniobra importante. Lejos de trascender el mundo social como tantas leyes infranqueables, son inmanentes a las prácticas intelectuales, ellas mismas ancladas en un espacio socio-histórico específico. Hablando claramente, las categorías de percepción producidas por tales coordenadas no son “falsas”. Ellas mismas han sido legitimadas por una comunidad histórica y por un conjunto de prácticas sociales. Sería equivocado entonces pensar escapar a su hegemonía invocando unos hechos positivos, pues estos dependen, ellos mismos –hay que recordarlo– de un proceso de legitimación socio-histórica. No hay, de un lado, coordenadas ideológicas que oscurecen la realidad, y del otro, verdades en estado bruto. En efecto, la lucha entre la realidad y la ilusión, lo verdadero y lo falso, la ciencia y la ideología, es una lucha que emana ella misma de un conjunto de coordenadas conceptuales (coordenadas que son por otra parte exteriores a las que rigen el debate postmoderno). No se trata entonces aquí, de ningún modo, de hacer aceptar una nueva verdad sobre la postmodernidad o de regocijarnos con la cifra casi-infinita de interpretaciones de lo postmoderno. Desde el comienzo, se trata de proponer una lógica alternativa de la acción histórica en la cual la cuestión de la verdad sobre el postmodernismo no se plantearía, o al menos no de la misma manera.

Por comodidad, nos hemos limitado más arriba al examen de tres series de coordenadas conceptuales. La primera es la que da nacimiento a la antinomia entre la continuidad y la discontinuidad. Los especialistas de los dos campos han dado buenas pruebas opuestas,

son portadores de la misma concepción vertical de la historia. Pues sólo puede haber continuidad o discontinuidad si la totalidad del espacio histórico se reúne en una serie cronológica continua o discontinua. La comprensión del espacio histórico excluye de entrada del juego la dimensión horizontal de la historia, a saber, la pluralidad de acontecimientos que comparten el mismo espacio cronológico. Entre las diversas tentativas para adecuar este problema de la reducción del espacio histórico, hay que mencionar el paradigma dualista que distingue dos hilos históricos: la vanguardia y la retaguardia, la metafísica y la diferencia, los dominantes y los pretendientes, etc. Pero así sólo se redistribuye el espacio histórico en dos series cronológicas que obedecen cada una a los esquemas de la historia vertical. Tal concepción de la historia hace olvidar el aspecto esencialmente relacional del espacio histórico a nombre de la gigantomaquia de algunos conceptos monolíticos. Excluye también el análisis estratigráfico de la historia actuando como si cada serie fuera en el fondo uniforme y sin variaciones internas.

La segunda serie de coordenadas es menos capaz de producir una antinomia central como la que ordena el debate sobre la continuidad histórica. Organiza un campo de reflexión que gira alrededor de las diferencias esenciales entre el postmodernismo y otras categorías históricas, culturales, intelectuales o sociales. Cada participante termina así buscando la naturaleza de esta diferencia y esforzándose en precisar el sentido exacto de la postmodernidad. De allí la noción de *indetermanencia* en Hassan, la distinción preservada por Jencks entre el modernismo tardío y el postmodernismo, la lógica cultural detallada por Jameson, el análisis de la desagregación del proyecto moderno propuesto por Habermas, el estudio lyotardiano del fin de los metarrelatos, la investigación de Rorty sobre la desagregación de la teoría del conocimiento como reflejo del mundo, y la reflexión propuesta por Vattimo sobre el fin no-modernista de la concepción modernista de la historia. Aunque no haya quizá ningún denominador común a todas estas perspectivas, se trata en todos los casos de identificar las características fundamentales de lo postmoderno. Entendámonos bien acerca de este punto, pues puede haber allí variantes muy diferentes. Poco importa que la naturaleza de lo postmoderno se identifique con el anti-esencialismo, con la ambigüedad del lenguaje, con el fin de la verdad absoluta o con la indeterminación semántica ya que aquí se trata también de las cualidades determinantes que definen la especificidad de la postmodernidad y que la distinguen, por ejemplo, de la modernidad o de la metafísica. En otras palabras, no se trata de una definición del postmodernismo compartida en común, sino más bien de una lógica práctica inmanente al debate, una lógica que orienta las interrogaciones hacia una descripción de los rasgos característicos de lo postmoderno, cualquiera que ellos sean (“el postmodernismo igual x ”). Es esta lógica la que da nacimiento no solamente a las disputas sobre los rasgos fundamentales del postmodernismo, sino también a las controversias interminables sobre la pertenencia o la no-pertenencia de tal o cual fenómeno a la postmodernidad. Ocurre lo mismo con aquellos que afirman que cada definición de la postmodernidad sólo es una descripción ficticia entre otras. Para ellos, como para los que se reclaman parte de una concepción realista de la historia, se trata de una categoría histórica por definir o por describir y no de un concepto en lucha. Agreguemos por último que estamos tratando con una concepción holista, incluso

monolítica, del mundo social que no tiene en cuenta de ninguna manera los diferentes estratos de la sociedad o del dinamismo social. Lo postmoderno es una categoría que funciona en bloque como si la totalidad de la sociedad —o la totalidad de una sub-categoría de la sociedad como el mundo intelectual o el medio artístico— pudiera resumirse en un solo concepto. Es cierto que se delimita en ocasiones una región más precisa de la sociedad, pero la estrategia conceptual sigue siendo la misma. Se trata de reducir todos los estratos de una región social y todas las relaciones dinámicas de ellos a un solo concepto sintético realizando una ontología social, es decir un análisis del ser mismo de la sociedad. Inevitablemente, tal perspectiva conduce a unos procedimientos de abstracción y de generalización que hacen más o menos irreconocibles las prácticas concretas que supone describir.

El tercer conjunto de coordenadas va de algún modo a la par con el precedente en la medida en que esas coordenadas requieren valoraciones de los fenómenos dotadas de la calificación *postmodernas*. La antinomia personificada por la controversia entre Habermas y Lyotard ejerció una muy grande influencia en el medio filosófico, pero sería equivocado reducir todas las apreciaciones de lo postmoderno a tal oposición. Sería fácil mostrar, por ejemplo, que el mismo Lyotard está lejos de sostener una posición solamente *postmoderna*. En realidad existe todo un abanico de valoraciones posibles, y estas pueden ser morales, políticas, estéticas, sociológicas o filosóficas, que varían notablemente según la descripción hecha de la postmodernidad. Es una estrategia relativamente extendida, por ejemplo, diferenciar diversos aspectos del postmodernismo y lanzar un juicio independiente acerca de cada uno de ellos. Lo que produce una amalgama de valoraciones que no se reduce a las categorías masivas de *pro-postmoderno* o de *anti-postmoderno*. Siendo así, las valoraciones del postmodernismo, a cualquier nivel que se sitúen, dependen de la clara delimitación de los fenómenos postmodernos y por lo tanto están imbricadas en la lógica categórica y en la perspectiva holista de la que tratábamos en el párrafo precedente. Ellas suponen también una lógica sintética de los juicios de valor en la medida en que con mucha frecuencia se trata de lanzar un juicio normativo sobre la totalidad de las prácticas reunidas bajo la categoría de lo postmoderno o bajo tal o cual sub-categoría.

En los tres casos, no se trata ni de una presuposición compartida, ni de una simple idea equivocada que bastaría corregir. Las disputas sobre lo postmoderno surgen en unas coordenadas conceptuales dominadas por una lógica histórica, social o normativa. Así, la antinomia alrededor de la continuidad histórica descansa sobre una historiografía vertical que comprime el eje horizontal de la historia. La disputa sobre la naturaleza del postmodernismo depende de una lógica holista del mundo social en la que cada concepto se presume que recubre la sociedad en su conjunto o por lo menos todo un sector de la sociedad (como la estética o la filosofía, o aún el arte neoyorkino o la filosofía francesa de la postguerra). Por último, los largos debates sobre la valoración de la postmodernidad se desprenden de una lógica sintética de los juicios normativos en la medida en que movilizan un sistema de valores para evaluar una categoría socio-histórica en su conjunto, ya sea una época, una práctica cultural o un modo de pensamiento. Resumiendo, y es a lo que quisiéramos llegar, las coordenadas conceptuales que ordenan tales debates cumplen una

función socio-intelectual muy importante, pues alimentan controversias repetibles al infinito y predisponen el campo teórico hacia posturas comunitarias o completamente individualizadas. Lo que equivale a decir que no es de ningún modo un azar si el debate postmoderno no se ha resuelto todavía. Si ningún hecho objetivo es capaz de cerrarlo, y si la perspectiva de un único agente histórico no ha podido imponerse siempre sobre la mayoría de los participantes, no es porque la solución de la cuestión postmoderna esté aún por encontrar (¡he aquí uno de los mitos que sirven justamente para prolongar la controversia!). Es más bien porque las coordenadas conceptuales del debate predisponen un campo de reflexión en el que numerosas teorías diferentes pueden enfrentarse sin que haya una que se imponga definitivamente sobre todas las demás.

Los participantes en el debate postmoderno toman unas posiciones que se dan como si estuviesen apuntaladas en las coordenadas conceptuales del debate. Que se lo anuncie bajo cualquier forma, ya sea con una fecha más precisa, una nueva serie de características decisivas o una valoración más adecuada de la situación contemporánea, no hace más que desplegar posibilidades lógicas inherentes a las coordenadas estudiadas más arriba. Y ellas continúan demandando nuevas intervenciones que ofrezcan todos los elementos necesarios para respuestas que parecen innovadoras. Hay que reconocer que si no hay verdad histórica o teórica que fundamente el debate postmoderno o que sea capaz de ponerle fin, se debe en parte a la verdad práctica de la controversia, a saber, la manera como sigue movilizándose los participantes.